

Primera novela de la serie: Isla de Lornea

# MUERTE EN LAS DUNAS



GREGG DUNNETT

Un asesinato sin resolver. Una remota isla. Una investigación como no has visto jamás. Cuando una joven es asesinada en una isla de vacaciones y la policía se queda sin pistas, un personaje muy inusual decide intervenir.

Billy Wheatley tiene tan solo once años y es un poco pequeño para hacer de detective. Pero es una especie de niño prodigio, o al menos él así lo cree. Rápidamente hace una serie de conexiones que la policía había pasado por alto, pero Billy juega con ventaja ya que se conoce las playas y acantilados de su isla mejor que nadie. Sin embargo, Billy también tiene una gran desventaja: es tan solo un niño. Sin temor a los problemas que pueda causar, o al peligro en el que se va a meter, Billy comienza una investigación que le cambiará la vida. Porque cuando las pistas le llevan peligrosamente cerca de su casa, la diversión desaparece de su juego en un instante.

Ya que el asesino no es solo alguien que conoce si no que es la única persona en la que creía que podía confiar. Y aunque no hay duda de que Billy sea lo suficientemente inteligente como para resolver este caso, ¿será lo suficientemente fuerte para atrapar a un despiadado asesino sin ayuda?

# MUERTE EN LAS DUNAS

Gregg Dunnett

## Nota del autor

Este libro está ambientado en la ficticia isla de Lornea, ubicada en algún lugar de la costa este de los Estados Unidos. Presentamos a continuación un mapa de Lornea.

## Capítulo uno

**V**eo el cuerpo desde la ventana de mi habitación. Yace en mitad de la playa, probablemente lo arrastró la marea durante la noche. Es lo único que interrumpe la plateada arena de la orilla y no tengo duda alguna de lo que es, incluso desde aquí lo tengo claro. Es curioso, siempre he sabido que, viviendo donde vivo, algún día vería algo así. Lo ponen a menudo en las noticias de la televisión: «Aparece un cadáver en la orilla de tal playa, todo indica que ha sido arrastrado por la marea». Y por fin hoy he encontrado el mío.

Agarro los prismáticos. Son grandes, capaces de aumentar la imagen hasta 10 veces y pesan tanto que me resulta difícil mantenerlos firmes. Por eso, aunque los aprieto con fuerza contra el cristal de la ventana, lo único que logro ver son fragmentos desiguales de piel, una fantasmagórica mancha blanca en el vientre y un color rojo intenso donde una herida le corta el dorso. Es una joven. Eso sí alcanzo a verlo. Tendida en un charco de sangre y agua salada. Yace muerta en medio de la playa, de mi playa.

De repente soy consciente de mi respiración por las pequeñas nubes de vaho que se forman cada vez que expulso aire por la boca. ¿Podría ser mi imaginación? Tal vez estoy dormido y esto no es más que un sueño. Pero el resto de la habitación parece real. El armario está abierto y veo mi uniforme escolar colgado dentro. Los pósteres de mi habitación son los correctos: la tabla periódica y mi lis-

ta de «Peces de mar» con todos los nombres en latín. Me fijo en este último, no estarían escritos correctamente si estuviera soñando porque no me los sé todos de memoria. Escojo uno al azar: Lubina estriada «*Morone saxatilis*». Definitivamente, no estoy soñando.

Miro de nuevo por los prismáticos. Esta vez noto las gaviotas. Algunas revolotean sobre el cuerpo; otras se posan con tranquilidad, como si fuera una roca nueva que brotó durante la noche. Entonces noto que no solo están de pie, sino que se inclinan, picoteando. Desgarrando trozos de carne. Veo a una moviendo el pico directamente en el ojo. Suelto los prismáticos y pienso.

Debería decírselo a papá. Sé que debería hacerlo. Pero algo me hace dudar. Últimamente está de un humor bastante raro. Se enfada por tonterías. La playa va a estar llena de policías y de periodistas, y papá odia a esa gente. Si se lo cuento igual le da por insistir que no nos metamos en esto. Incluso igual dice que pasemos la mañana en casa y entonces no podré examinarla. ¿Y con qué frecuencia tengo una oportunidad así? Para alguien como yo esta es una ocasión increíble. Quiero decir, también es triste, por supuesto, pero no sirve de nada ponerse sentimental con estas cosas. Por encima de todo, es una oportunidad que no se debe desperdiciar.

Así que, aunque me siento un poco culpable, concluyo que no se lo voy a contar a papá.

Me llamo Billy, por cierto. Tengo once años, pero soy un poco más interesante que la mayoría de los chicos de once años. Bueno, eso juzgando por los que van a mi instituto. Estoy seguro de que estarías de acuerdo si los conocieras.

Afortunadamente, hoy es sábado y no hay clases. Tenemos una rutina bastante establecida para los fines de semana. Lo primero, papá va a hacer surf por la mañana temprano ya que luego se llena y no le gusta mezclarse con la gente. Yo voy con él pero nunca hago surf. Eso re-

queriría meterse en el agua y yo no me meto al agua. No obstante, no me quedo en el coche esperándolo. Eso sería bastante aburrido. Siempre tengo muchos proyectos en marcha. Como mi proyecto de la cabaña, por ejemplo. La construí el año pasado, con materiales que a papá le habían sobrado del trabajo. Está en el bosque detrás de las dunas pero estoy seguro de que no la encontrarás porque pinté las paredes de camuflaje. Tardé un siglo en terminarla. Resulta que no se puede comprar pintura de camuflaje; en realidad tiene sentido cuando lo piensas, ya que los colores se mezclarían en la lata. Bueno, de todos modos, ese fue mi proyecto del año pasado. Ahora tengo otros que son aún mejores.

Pero, obviamente, hoy no estoy pensando en mis proyectos. Hoy hay un cadáver en la playa. Decido que tengo que despertar a papá y salir de casa lo más rápido posible. Así puedo ser el primero en llegar. Tal vez sea yo quien la descubra.

Papá suele levantarse después que yo. Baja y se hace un café. Si no llueve o hace demasiado viento, se lo toma afuera. Se coloca en nuestro pequeño jardín en la cima del acantilado y mira hacia la playa para decidir dónde hacer surf. Si hay un buen oleaje vamos a nuestro extremo de la playa, cerca del acantilado, porque las olas aquí son más pequeñas y menos potentes. Pero si no hay mucho oleaje vamos a Silverlea, el pueblo que está en medio de la bahía. Allí, la playa está más expuesta al océano. Y claro, si no hay nada de olas o si el viento sopla demasiado fuerte, entonces no vamos a hacer surf. Y eso sí que es un rollo porque significa que papá se pasará todo el día de mal humor.

En casa vivimos solos papá y yo. No tengo hermanos ni hermanas. Ni madre o, al menos, ya no. Y, después de lo que pasó con los pollitos de gaviota, papá no me deja tener mascotas. Así que estamos solos los dos. Y hemos vivi-

do aquí, en nuestra casa en lo alto de un acantilado desde que tengo uso de razón.

Decido que esta mañana haré yo el café. Y lo hago de una manera realmente ruidosa para despertar a papá, cerrando los armarios con portazos y revolviendo los cubiertos para coger la cuchara. Necesito que se dé prisa si quiero ser yo quien descubra el cuerpo.

Tenemos una de esas cafeteras plateadas donde pones el café en el medio y con dos partes que se enroscan. No estoy seguro de cuánto café poner pero sé que a papá le gusta fuerte, así que lo lleno hasta arriba. Al poco tiempo, la cafetera empieza a silbar y a echar espuma y la cocina empieza a oler a café. Cojo una taza para papá y cierro la puerta del armario con otro portazo. Oigo a papá arriba en el cuarto de baño, echando un chorro largo como todas las mañanas. Cuando finalmente termina, grito hacia arriba.

—¡Papá, café!

Luego salgo al jardín para echar otro vistazo. Todavía está allí, nadie la ha descubierto. Pero me doy cuenta de que hay otro problema, las olas. Hoy son pequeñas. Eso significa que papá querrá ir a Silverlea donde las olas serán más grandes. Normalmente no me molestaría porque mis proyectos están bien distribuidos por toda la zona por lo que no me importa ir a donde quiera papá. Pero el cuerpo está aquí, en nuestra playa. Si vamos a Silverlea, tendré que caminar todo el camino de regreso y corro el riesgo de que alguien la descubra mientras voy de camino. No quiero que eso suceda. Quiero ser yo el que la descubra.

Así que cuando papá sale a reunirse conmigo, café en mano, ya estoy pensando en una forma de resolver el problema. Lo miro con cautela. Anoche llegó tarde y creo que debió beber bastante porque tiene cara de resacoso.

—¿Por qué has hecho tanto ruido esta mañana, Billy? — papá se frota los ojos—. Pensé que te estaban matando en



la cocina o algo así. –Se ríe y toma un sorbo de café–. ¡Dios! Esto es gasolina pura –exclama. Frunzo el ceño porque no estoy seguro de si eso es bueno o malo.

Papá pone la taza en la tapia del jardín. Luego bosteza y estira los brazos. Lleva unos vaqueros viejos y una camiseta que se le levanta un poco, lo suficiente para que se le vean los músculos de la tripa. Todavía se le nota el moreno del verano incluso ahora al final de la temporada. A pesar de que la hierba está mojada por el rocío, va descalzo. Él no nota el frío.

Nos quedamos en silencio un rato observando las vistas. Justo delante de nuestra tapia está el viejo camino del acantilado. Lo cerraron hace un tiempo porque se volvió demasiado peligroso, pero yo todavía sé de un camino hacia abajo. Pasado el viejo camino hay un gran acantilado sobre la playa, que tiene siete millas de largo y se extiende más allá de la ciudad de Silverlea, hasta Northend. Hacia la derecha se ve el bosque. A la izquierda es solo océano. La verdad es que tenemos una vista increíble desde nuestro jardín.

–Tiene buena pinta, ¿no? –dice papá, cogiendo su café de nuevo.

Quiere decir que las olas parecen buenas. Desde aquí arriba puedes verlo todo pero papá solo se fija en las olas. Por eso creo que mi plan funcionará. Espero unos instantes antes de hablar; le dejo que estudie lo que pasa bajo nosotros. Observa cómo las olas entran en la playa.

Las olas que ves cuando vas a la playa no son siempre del mismo tamaño. Vienen en grupos o conjuntos. Por eso en un momento determinado puede parecer que las olas son realmente grandes pero luego, al rato, parecen ser mucho más pequeñas. En este preciso momento, mientras dejo que papá mire, son bastante grandes. De hecho tengo suerte, es probable que sea la ola más grande que he visto en toda la mañana. Perfecto para mi plan.

—Son grandes —digo con la mayor naturalidad posible—. Parecen pequeñas ahora, pero justo antes de que salieras eran bastante grandes. Yo voto por que vayamos a Littlelea.

Si papá lo hubiera observado tanto tiempo como yo le habría sido obvio que estoy mintiendo. Está claro que el surf será mejor en Silverlea, donde la playa está menos protegida. Littlelea es donde está el cuerpo, así que necesito que decida ir allí. Y para eso tengo que convencerle de que las olas son más grandes de lo que realmente son.

Papá no responde de inmediato. Estamos de pie, juntos, mirando hacia el océano. El cuerpo es lo suficientemente visible para cualquiera que lo estuviera buscando, pero él no está mirando hacia la playa. Sus ojos escanean el horizonte, observando cómo los pequeños bultos que asoman por el horizonte se transforman en olas según se acercan. Espera, sorbiendo su café. Y es paciente. A medida que pasan los minutos las olas que habían entrado desaparecen y el mar vuelve a estar llano. Hago lo posible por parecer sorprendido.

—Me parecen pequeñas —dice papá finalmente con una nota graciosa en su voz—. ¿Te encuentras bien, Billy? —Se vuelve hacia mí y, por un momento, me preocupa que se vaya a poner de uno de sus extraños estados de ánimo. Pero está sonriendo—. Venga, nos vamos a la ciudad. Y ya de paso desayunamos después.

La ciudad es lo que llamamos Silverlea. Así que vamos a tener que conducir más de dos kilómetros hacia el norte, más allá del cuerpo y luego tendré que caminar todo el camino de vuelta hasta Littlelea para regresar hacia él. Obviamente estoy decepcionado. Aunque por lo menos, ir a desayunar después será un consuelo. Y no voy a hacer que cambie de opinión ahora, así que mejor asumirlo.

Papá se termina el café, hace una mueca y me mira.

—Salimos en cinco minutos —dice mientras entra en casa para terminar de vestirse.

Le sigo y una vez en la cocina me apresuro a apagar el ordenador portátil. Cojo los prismáticos, un cuaderno de notas por estrenar, mi cámara de fotos y lo meto todo en la mochila. Papá pasa junto a mí mientras me estoy poniendo las botas de caminar y me mete prisa. Mientras salgo, papá echa su traje de neopreno en la parte trasera de la camioneta. Aterrizo con un golpe en la base metálica. Su tabla ya está allí; prácticamente permanece ahí todo el tiempo. Entonces dudo. Cuando está de buen humor me deja viajar en la parte de atrás a pesar de que sea técnicamente ilegal. Pero cuando está de mal humor tengo que ir delante con él, con el cinturón de seguridad abrochado y todo. Me arriesgo y subo por la parte de atrás sin mirarle a los ojos. Al principio no dice nada, simplemente abre la puerta de la cabina. Antes de entrar me dice:

–Si nos cruzamos con la policía te agachas de inmediato.

Papá entra en la camioneta, al instante oigo el rugir del motor y la camioneta empieza a renquear. El olor a gasolina llena el aire. Bajamos por nuestro camino hacia la carretera principal y entonces papá comienza a bajar la colina, conduciendo rápido, invadiendo el carril contrario para suavizar las curvas.

La playa casi no se ve desde la carretera, solo se vislumbra entre los árboles. Luego, una vez que se cruza el río está bastante baja y las dunas la bloquean. Pero solo tardamos diez minutos en llegar y no nos cruzamos con nadie durante el camino. Me parece buena señal.

Llegamos a la ciudad por la parte de atrás y nos detenemos en la parte delantera del aparcamiento de la playa. La cafetería *Sunrise* está aquí al lado, allí es donde vamos a desayunar, pero todavía no ha abierto.

Aun así, no somos los primeros en llegar. Hay otros cuatro coches. Reconozco dos de ellos, son amigos de papá que también van a hacer surf. Supongo que los otros dos serán probablemente gente que ha ido a pasear a los

perros. Espero que hayan caminado hacia el norte, hacia Northend y no hacia el sur hasta Littlelea donde está el cuerpo. Probablemente no se pueda ver el cuerpo desde aquí así que tengo esperanzas, pero no lo sabré hasta que baje a la playa.

—A las diez de vuelta —dice papá. Antes intentaba que fuera a hacer surf con él pero ahora ya ha desistido. Por fin ha entendido que yo no me meto en el agua.

—Vale —le contesto—. Hasta luego. —Me pongo en camino mientras se sienta en la plataforma de la camioneta para ponerse el traje de neopreno. No se molesta en tarse con una toalla ya que no hay nadie alrededor.

Camino rápidamente por el pequeño sendero hacia la playa. Al principio es fácil porque hay un paseo de madera pero luego se acaba y se me hunden los pies en la suave arena. Finalmente llego a las piedras. Hay una barra de rocas planas y grandes como platos. Cuando llego allí, me detengo y saco los prismáticos de la mochila. Incluso antes de enfocarlos del todo veo que algo va mal.

Hay gente en la playa. Justo al lado de donde está el cuerpo. Desde donde estoy no llego a ver quiénes son o qué están haciendo, pero es obvio que están allí parados.

Siento como la desilusión me invade. Es gente sacando a los perros. ¿Por qué no podían haber caminado hacia el otro lado? Fui yo el primero en ver el cuerpo hace más de una hora y quería ser yo el primero en llegar. Ahora ni siquiera sé si voy a poder verlo. Espero que la Guardia Costera llegue pronto para acordonar la zona. O la policía. Estos días hay un montón de policía por toda la ciudad.

Me quedo allí un rato, esperando a que se me pase el disgusto; en realidad no me dura mucho. Después de todo, quien sea que esté allí no va a poder mover el cuerpo, es un poco grande para eso. Supongo que podrían tratar de acordonarlo, pero tampoco hay señales de eso, al menos de momento. Si me doy prisa igual todavía pueda examinarlo. Solo necesito darme prisa en llegar.

Me pongo de nuevo en marcha, caminando justo al lado de la marca de la marea alta. Es el mejor lugar para andar porque la arena está dura y plana. Además, a veces, encuentras cosas que ha traído la marea, lo cual es una ventaja. Pero hoy no estoy mirando hacia abajo. Mantengo los ojos enfocados hacia adelante, tratando de distinguir los detalles a medida que me voy acercando. Al rato, cuando ya estoy a mitad de camino, veo un coche de policía conduciendo lentamente por la playa hacia donde yace el cuerpo. Resoplo y suspiro.

Sé lo que estarás pensando, no es normal que un niño de once años quiera examinar un cadáver en la playa. Pero como ya dije, no soy como la mayoría de los niños de once años. Quiero decir, probablemente, algunos de los chicos del instituto querrían hacerse un selfi o alguna estupidez parecida. Pero yo no quiero hacer nada de eso. Estoy interesado porque quiero estudiarlo, como buen científico que soy.

Si sabes algo acerca de Silverlea, si has estado de vacaciones aquí o algo así, puede que también te sorprenda que un coche de policía llegue tan rápido y tan temprano por la mañana. Pero así están las cosas ahora. Este otoño están por todas partes. Se debe a la chica. La que sale en las noticias. Y si tienes en cuenta que no se trata solo de las noticias locales de la isla, sino de las noticias nacionales, junto con las historias sobre el presidente y los terremotos y demás, ya te puedes imaginar cómo lo estamos viviendo aquí. Está toda la isla obsesionada con el tema. ¿Cómo puede ser que una adolescente desaparezca así sin más? No parece posible.

Yo conocí a la chica que desapareció: Olivia Curran. Mira, igual te lo cuento ahora y todo, ya que incluso a paso ligero me llevará un tiempo llegar hasta allí. Estaba alojada en uno de los chalés de los que se encarga papá. Había venido de vacaciones con su familia: su madre, su padre y su hermano. Estaban en uno de los chalés de Sea-

*field*. Son los más caros, a pie de playa y con vistas al mar desde todas las habitaciones. De hecho, están justo al lado del aparcamiento donde dejamos el coche esta mañana.

En realidad no tenía que haberla conocido. Yo estaba en el chalé de al lado cuando llegaron. Estaba arreglando la *wifi* porque los huéspedes de la semana anterior se habían quejado de que se caía mucho. Esa es otra cosa que hago, configuro la *wifi* para todas las casas de vacaciones que administra papá. El Sr. Matthews, el jefe de papá, sabe que se me dan bien los ordenadores y por eso me deja.

Total, que acababa de terminar de arreglar el problema cuando llegaron. Tenían un todoterreno, o un cuatro por cuatro o algo así, con bicicletas en la parte trasera y varias maletas en la baca. No hablé con ellos, por supuesto. Todos los chalés de *Seafield* son independientes y cuando llegan los invitados obtienen la llave de una caja de metal atornillada a la pared y con una cerradura de combinación. Así que simplemente les ignoré como de costumbre. Al rato decidí coger un aperitivo del almacén. Hay una pequeña caseta de piedra en el patio de los chalés donde guardamos la ropa de cama de repuesto, los cambios de toallas y también hay pequeños paquetes de galletas para las bandejas de bienvenida que ponemos. Total, que ahí iba yo con mi portátil, de camino al almacén para coger galletas. Y ahí fue cuando me debió haber visto. Porque según salía del almacén, todavía con el portátil abierto, la chica venía caminando hacia mí desde su chalé.

—Perdona —me dijo, sonaba un poco insegura—. ¿Te alojas aquí al lado o algo así? Acabamos de llegar y no conseguimos que funcione la *wifi*.

No le contesté. No podía, tenía una galleta en la boca.

—Es que te he visto con el portátil. Me preguntaba si tal vez habías conseguido que funcionara. —Tenía el pelo rubio recogido en una cola de caballo, pero algunos mechos—

nes se habían escapado y movió la mano para apartarlos de sus ojos.

–Bueno, no te molestes, olvida que te he preguntado –dijo y comenzó a darse la vuelta. Aproveché para sacarme la galleta de la boca.

–Vivo aquí. No necesito alojarme aquí. Configuro la *wifi* para los chalés del Sr. Matthews.

La chica se volvió y me miró de arriba abajo un poco dudosa.

–Ah, genial. Pues me vas a venir bien, creo. Ya que no parece funcionar. –Se detuvo y sonrió. Tenía una sonrisa bonita.

–Sí que funciona. Lo acabo de arreglar –le dije.

–Pues... bueno, acabo de intentarlo y a mí no me funciona.

–¿Has puesto la contraseña? –le pregunté. Los turistas son bastante inútiles, por lo que ponemos instrucciones para todo en las carpetas de bienvenida, incluso cosas tan sencillas como cómo encender la cocina eléctrica—. Está en la carpeta de bienvenida que encontrarás en...

–Sí, ya la he encontrado. Se conecta bien, pero enseguida se cae.

Aquello me molestó porque acababa de tener el mismo problema en el otro chalé y pensaba que lo había solucionado.

–¿Has cambiado las configuraciones? –pregunté, un poco esperanzado.

–No. Por supuesto que no. –Me echó una mirada graciosa—. Acabamos de llegar.

Fruncí el ceño. Si no hubiera ido a buscar una galleta no me habría atrapado. Pensé en ir al chalé número dos e intentar conectarme desde allí, pero probablemente trataría de venir conmigo. Y sería más rápido si pudiera conectarme directamente a su rúter.

–Tengo que entrar y conectarme al rúter. ¿Te parece bien? –Una parte de mí esperaba que dijera que no, pero